

Aguas turbias (o El "caso Yulier P.")

Héctor Antón

inCUBAdora ediciones

Yulier P. (Camagüey, 1989) es un artista visual opuesto a esa "actitud" difícil de conceptualizar y vender, etiquetada "ideología festiva", sostenida por células pseudo-intelectuales del gremio cultural, que aparentan demoler la impostura cuando en realidad no cuestionan nada. Moraleja: en el país de los "ciegos estratégicos" el "camaján tuerto" es rey. Más bien personifica a un "grafitero anarquista" amante del ocio, el ron y las mulatas que se contonean como Dios manda. Enemigo de fobias raciales, sexuales y políticas, Yulier actúa desde una intuición plástica que ignora la racionalidad académica de una "disciplina pedagógica", inclinada a estigmatizar el *qué-hacer* del creador autodidacta.

Desde la jodedera iconoclasta de Artecalle (con el sedicioso "hijo de papá" Aldito "El Sopa" Menéndez a la cabeza) hasta la disidencia con puño y letra de *El Sexto* (Danilo Maldonado), el *street art* hecho en Cuba se ha caracterizado por un desafío al estatus de la Institución-Arte como modelo hegemónico de una ideo-estética revolucionaria. Contrario a una tradición prácticamente imposible de sostener, Yulier P. asume el *hobby* de invadir los espacios públicos, bajo una impronta neo-expresionista: siluetas que articulan una deformidad como espejo simbólico de una pulsión contextual.

En busca del rostro perdido

Miércoles 17 de marzo y 2016: Yulier P. entra y sale de su estudio como un león enjaulado a punto de lanzarle una mordida al más cercano cómplice o transeúnte. La tarde avanza y el grafitero quiere acabar de matar al enano en la botella que ronda por su cabeza. La acción consistiría en atravesar la bahía habanera, llegar al otro pedazo de islote y estampar un dibujo en una raspadura de hormigón que, desde el muro del malecón, sugiere un lienzo tan virgen como dotado de una escala monumental.

Allá lejos resonaban los coros, tambores y metales de una orquesta parecida a Los Van Van, amenizando la XXV Feria Internacional del Libro que se realiza anualmente en el Complejo Histórico Militar Morro-Cabaña, evento cultural donde la ansiedad por devorar confituras desplaza a la literatura. Del lado de acá, estábamos nosotros, bajando un litro de Ron Santiago de Cuba, rodeado de pescadores hambrientos, paseantes y aire frío. ¿Esta aventura performática debía consumarse antes que anochezca o postergarla? Entonces simularíamos reconstruir un episodio del “único” Reinaldo (¿Arenas?) de la literatura cubana.

Contemplar el mar negro de esta “Isla de corcho” es un acto de fe. Reír para no llorar. Beber para olvidar. Cuánto tiempo sin afrontar el peligro que nos conceda el privilegio de comunicarnos sin avergonzarnos de tantas indecisiones. Cuidarnos de esos sospechosos habituales que aparentan ser hermanos de una expedición rumbo al paraíso perdido.

De pronto, Yulier P. salta al agua y comienza a remontar el estrecho con brazadas armónicas. Un viejo pescador saca una pizza de una jaba plástica y nos observa roñoso como diciendo: “¿No pensarán brindarme un trago estos

payasos que se auto-proclaman artistas?”. “Cerca del embarcadero –señala uno de los pescadores-acompañantes- hay un tiburón de cuatro metros y nadie sabe cuándo duerme ni cuándo come”. Ellos narran leyendas con salitre, hartos de certezas ignoradas, mientras transcurren los minutos que el protagonista de la travesía necesitó para alcanzar otra orilla.

Cuando la imagen minúscula de Yulier P. distante del muro recupera visibilidad, ya está encima del “cuadro sin límites”, sacando de una mochila sus materiales de trabajo. En un abrir y cerrar de ojos, traza los contornos de un semblante casi humano. Después, le agrega un par de ojos saltones como si quisiera resaltar los detalles de una eterna vigilia. Pero faltan labios, nariz y orejas.

Éste “cuerpo mutilado” ni siquiera tiene la boca tapada como millones de cubanos; carece de olfato para relocalizar la brújula de sus deseos; tampoco consigue escuchar un veneno clasificado, que lo salve del extravío o termine de hundirlo en un cubículo refrigerado, dispuesto a romper el nudo de una lengua servil y mal remunerada.

(“Si algún día decides venderle tu alma al diablo, hazlo a un precio que te permita volver a comprarla”.)

Las figuras-monstruos de un fabulador natural constituyen réplicas semi-abstractas de esa peregrinación masiva, que desfila por una arteria del Prado habanero donde se halla su estudio. Lejos del panfleto y las detenciones policiales, Yulier P. cimenta (su) realismo mediante “retratos hablados” que le suministra el roce promiscuo de la urbe. ¿Cuánto echan de menos y cuánto les sobra a “seres extravagantes” provenientes del Oriente cubano? La voracidad sexual de ese “mundo europeo” incapaz de renunciar al erotismo

futurista del “mundo antillano”, rico en ofertas exóticas con unas tarifas módicas.

Inspectores buscando propinas; travestis activos; mentalistas pasivos; intelectuales desclasados; alcohólicos anónimos; prostitutas emergentes de un extremo a otro de la ínsula agrupadas en otro escuadrón patriota. Estas marcas típicas del imaginario colectivo aportan rasgos disímiles, para completar una sobreabundancia aparente de la carencia esencial. Si la obra de Yulier P. se resiste a ilustrar un discurso identitario, ¿qué significaría reactualizar teóricamente una noción inabarcable y estereotipada como “lo cubano” en sus diversas manifestaciones?

De vuelta al punto de partida, el “grafitero anfibio” emerge de las aguas turbias maquillado con chapapote. Apenas tiembla y recupera el calor empinándose satisfecho la botella de Ron Santiago. Nadie le pregunta si divisó al escualo del embarcadero. Le echan un vistazo como a un equívoco más de esa resignación salvaje nombrada Cuba.

Regresando al estudio con olor a petróleo, Yulier P confiesa su admiración por aquellos quemadores de Artecalle, antes que por un “activista *kamikaze*” como *El Sexto* y sus “puercos-emblemas” que lo condujeron a prisión. En su caso, la fusión arte-vida implica una celebración del libertinaje, sin procurar una visibilidad mediática gracias al despilfarro represivo de la miseria autoritaria. Yulier P encarna a un “náufrago en tierra firme” que seguirá ejercitando el riesgo como su deporte favorito, en medio de un paisaje confuso de temeridades, cautelas y esperanzas.